

Irene Vallejo, *El infinito en un junco: La invención de los libros en el mundo antiguo* (Madrid: Siruela, 2019), 452 pp.

RECEPCIÓN: 3 de junio de 2021.

APROBACIÓN: 10 de junio de 2021.

DOI: 10.5347/01856383.0138.000301221

Irene Vallejo, joven egresada de la Universidad de Zaragoza y también de la Universidad de Florencia, entrega en un libro la historia universal del libro. Desde las primeras páginas atrapa y seduce, y da muestras de su profesionalismo en la investigación y en el análisis, así como de una narrativa exquisita llena de imágenes intensas. El libro despliega 30 siglos de historia de los libros, y el lector puede sentir la cercanía de la autora, casi como si viajáramos con ella en el tiempo: nos hace estar en el mundo egipcio, griego, romano, en las guerras de Alejandro Magno...

*El infinito en un junco* exhibe dos grandes virtudes: por un lado, la exhaustiva investigación de la autora sobre la historia de los libros y, por otro, su extraordinaria habilidad narrativa. Estas virtudes no solo demuestran el talento de Vallejo, sino que también ponen en evidencia su compromiso con el trabajo que realiza y su capacidad para hacerlo ameno, interesante y claro.

Por ejemplo, Vallejo nos hace entender la obsesión de algunos faraones por los libros y por reunirlos en recintos especiales; nos muestra la dificultad que implicaba salir al mundo y reunir escritos. Muchos, nos cuenta, se perdieron tiempo atrás, ya que los materiales y las tintas no estaban hechas para durar. Lo común era que se deterioraran con el tiempo, el clima y las guerras. Pero la causa principal era el desinterés de la sociedad por rescatar los documentos. Por eso, la mayor parte de los libros que sobrevivieron fueron de carácter religioso. Otros, como la *Iliada* y la *Odisea*, fueron conservados por la importancia que significó para los griegos dejar memoria de su grandeza. Así, sobre la desaparición de los libros, Vallejo escribe: “En la Antigüedad, en cualquier momento, el último ejemplar de un libro podía estar desapareciendo en un

anaquel, devorado por las termitas o destruido por la humedad. Y, mientras el agua o las mandíbulas del insecto actuaban, una voz era silenciada para siempre” (79). ¿Cuántos libros se perdieron? En ocasiones he sentido frustración por no encontrar un libro que fue editado e impreso hace dos décadas. ¿Cómo sería eso hace siglos, cuando los libros sobrevivientes eran muy pocos, tan pocos que solamente los custodiaban en las iglesias y en acervos compilados por gobiernos de los países de vocación más culta y aspiraciones más intelectuales?

Aparte del deterioro y la destrucción de los libros, hay que tener en cuenta lo complicado de elaborarlos, copiados a mano, en una época en la que la mayoría de las personas ni siquiera sabía leer y mucho menos escribir. Los escribanos o copistas eran esclavos o monjes que escribían y dibujaban con detalle la forma de las letras y su secuencia para preservar los documentos religiosos. En el capítulo “La piel de los libros”, Vallejo cuenta, precisamente, la época en la que cada ejemplar era único e irreplicable, como una huella digital. No era posible, de ninguna manera, reproducirlos en serie. Esto cambió cuando Johannes Gutenberg diseñó y fabricó una máquina que revolucionó la producción de los libros. La imprenta dio sepultura a la vieja y sufrida profesión de los copistas y los escribanos que desde la Antigüedad reproducían los libros letra por letra, una seguida de la otra.

Mucho tiempo después, en el siglo XX, inició la era del desarrollo tecnológico del libro con el mimeógrafo, la xerografía y otros inventos que le dieron a la producción editorial una dinámica inusitada: la conservación de los documentos mediante su microfilmación. Después, se facilitó todo con la computadora, internet y el respaldo digital de los textos. Pero la era digital no ha podido terminar con los libros impresos en papel. En el último informe de PISA se ve que leer en libros de papel aprovecha más que la lectura digital. En un informe, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos comparó las competencias lectoras de los alumnos en los dos formatos, papel y digital, y concluyó que con la lectura en papel se obtienen mejores resultados de comprensión y concentración. Como dice Vallejo, el junco de papiro, delicado y firme, no se agotará con el tiempo, y recuerda a Umberto Eco en esta frase: “El libro pertenece a la misma categoría que la cuchara, el martillo, la rueda o las tijeras. Una vez inventados no se puede hacer nada mejor”.

El ensayo de Vallejo rescata la historia del libro, en la que entreteje también su propia historia. Narra también la historia de libros y bibliotecas que se

perdieron con el tiempo, o por obra de censuras e inquisiciones políticas y religiosas que no supieron o no quisieron comprender los libros que destruían.

Irene Vallejo obtuvo el Premio Nacional de Ensayo 2020 por este libro.

MARÍA DEL ROSARIO SARMIENTO DONATE  
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM